438

La novela corta
Las ensaladillas
Carmen de Burgos
"COLOMBINE"
20 CTS.
NUERE

EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

ANGEL PITOU

(TOMO SEGUNDO)

DE

ALEJANDRO DUMAS

NÚMEROS PUBLICADOS

1.—ALEJANDRO DUMAS.—Los mil y un fantasmas.
2.—VICTOR HUGO.—Han de Islandia.
3.—CARLOS DICKENS.—Los tiempos difíciles.
4.—F. DOSTOIEWSKI.—Crimen y castigo.
5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym.
6.—ENRIQUE SIENKIEWITZ.—¿Quo Vadis?
7.—IVAN TURGENEF.—Humo.
8.—WALTER SCOTT.—El pirata.
9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut.
10.—HONORATO DE BALZAC.—La piel de zapa.
11.—PONSON DU TERRAIL.—Las miserias de Londres.
12.—FENIMORE COOPER.—El último mohicano.
13.—GABORIAU.—Por el honor del nombre.
14.—WISEMAN.—Fabiola.
15.—LEON TOLSTOI.—Resurrección.
16 y 17.—A. DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomos I, y II.)
18, 19, y 20.—A. DUMAS.—Veinte años despues (tomos I, II, y III.)
21, 22, 23, 24, 25 y 26.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomos I, II, III, IV, V y VI.)
27.—CARLOS DICKENS.—El hijo de la Parroquia.
28 y 29.—VICTOR HUGO.—El hombré que rie (tomos I y II.)
30 y 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra señora de París (tomos I y II.)
32.—VICTOR HUGO.—El noventa tres.
33, 34, 35 y 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomos I, II, III y IV.)
37 y 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomos I y II.)
39.—PONSON DU TERRAIL.—La soga del ahorcado.
40, 41 42 y 43.—A. DUMAS.—El conde de Monte-Cristo (tomos I, II, III, y IV.)
44.—VICTOR HUGO.—Bug Jargal.
45.—WALTER SCOTT.—Quintin Durward.
46, 47, 48, 49, 50 y 51.—A. DUMAS.—Memorias de un médico (tomo I, II, III, IV, V y VI.)
52, 53, 54 y 55.—A. DUMAS.—El collar de la reina (tomos I, II, III y IV.)
56.—A. DUMAS.—Angel Pitou (tomo I.)

132 páginas **40 cts.**

N.º 438
Año IX

LA NOVELA CORTA

Madrid 26
Abril 1924

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

LAS ENSALADILLAS

NOVELA INÉDITA

Carmen de Burgos (Colombine)

(ILUSTRACIONES DE MEL)

I

Los hermosos ojos claros parecían dos copas de límpido cristal de Bohemia, tan llenos de agua pura que se iban a derramar. Abriéndolos mucho Luisa evitaba que las lágrimas rebasaran los párpados, para que se fuesen secando con su propio calor.

Era un mal momento aquel para recibir una noticia desagradable. Llorar le enrojecería los párpados y comprometería el tono lechirosado de su tez, arrollando polvos y carmín.

Cuando estaba esperando a Enrique para ir a cenar juntos y pasar a su lado la noche, recibía la noticia de la vuelta de su marido. Debía éste encontrarse próximo a llegar y sería una desdichada coincidencia que se hallasen allí los dos. Por amigos que Adolfo y Enrique fuesen, no estaba justificado que viniera a visitar a su mujer en su ausencia, a una hora tan desusada.

—Es mejor que yo vaya y le avise—resolvió.

Rápidamente formó su plan, mientras humedecía la oblea para pegar de nuevo la carta sin sobre. Todo se reducía a fingir que no la había recibido y había salido a corretear por las tiendas y comprar un frasquito de esencia de violeta en la "Perfumería Diana".

Se envolvió en el amplio abrigo de gro de seda crujiente, cubrió su cabeza con los encajes de la mantilla, y salió apresurada, poniéndose sus guantes de seda color paja, como si huyera.

Cruzó rápidamente la calle de Caballero de Gracia, siguió Montera abajo, llegó a la Puerta del Sol y se paró con la indecisión de los que no están acostumbrados a andar a pie. Sentía un poco de miedo al tener que atravesar entre los escasos coches y la multitud de carros que transitaban por allí a aquella hora. Experimentaba una repugnancia instintiva de rozar su traje con aquellas mujeres de mantón grasiento, aquellos aguadores casi descalzos, y la multitud de chicuelos, desarrapados, andrajosos y sucios que rodeaban la fuente. Sus botitas de tafilete tendrían que humedecerse y llenarse de barro. Tendió la mirada en torno suyo. No había ningún coche de alquiler. Hizo un gesto de nadadora que se arroja al agua, y atravesó de prisa, queriendo evitar el que la viesen sus conocidos, porque aún no había acabado el desfile de los paseantes que se retiraban del Prado. Al llegar a la esquina de la calle de Carretas, unas jovenzuelas de mantón le dirigieron palabras que no entendió, pero que le sonaron a burla. Varios piropos llegaron a sus oídos, pronunciados por hombres a los que ni siquiera había mirado. Sentía que alguien la iba siguiendo y apretaba el paso. Se introdujo en el oscuro portal de la Plaza del Angel, como el que se acoge a un refugio.

Le contestó una voz de mujer por la mirilla.

—El señor no está.

—Lo esperaré...

—No sé...

—¿Me conoce usted?

—Sí... sí... ya sé quién es la señora.

Había una reticencia en el modo de contestar que ella no notó, porque la puerta se abría en el mismo instante. Una mujercita, vestida de negro, con su gran manojo de llaves colgando de la cintura, como para que no se dudara de su cargo, la acompañó hasta una sala tan obscura, que la joven tuvo que detenerse para no tropezar con los muebles.

Un criado apareció trayendo un gran quinqué de petróleo y lo colocó sobre la consola.

La chimenea conservaba ascuas de un fuego reciente. Luisa se acercó a ella con un movimiento mecánico y se dejó caer en una gran butaca.

A la luz del quinqué se veían los muebles de caoba, con tapicería de damasco verde y oro, la consola sosteniendo la urna donde estaba el Niño Jesús desnudito sobre las pajas doradas, y los dos grandes candelabros de plata.

Todas las puertas y las ventanas estaban cubiertas de portiers y de cortinas de tul blanco. En las rinconeras y las mesitas se veían trapitos bordados y con adornos de cintas celestes que atestiguaban el cuidado de una mujer. En las paredes se mezclaban los retratos de familia con cuadros bordados; una perdiz hecha de las cuentecillas de cristal de colores que se llama mostacita; un marcador sobre tela de hilo rodeado de grecas y ramas, un perro de aguas bordado con lanilla alemana sobre cañamazo, con la mitad del cuerpo en relieve.

Entre los retratos, uno atraía su atención. Todos, menos ella, lo hubiesen creído un retrato suyo.

La mujer que representaba era de su misma edad, su misma estatura, sus mismas facciones, idéntico color del cabello.

Luisa la miraba con inquietud, como si temiera verla abandonar el cuadro para tomar su sitio en la vida. La sentía vivir allí.

Aquella mujer había ejercido sobre Luisa una influencia fatal.

Recordaba la primera vez que la vió siendo casi niñas aun las dos. Había sido en el palacio real de la Plaza de Oriente, un día en que fué recibida con su madre en audiencia por la Reina doña Isabel, poco mayor que ellas.

Su madre, la marquesa de Monsalvat, había desempeñado los más altos cargos de Palacio, al lado de doña María Cristina. Era una mujer célebre

por su fausto, su elegancia, sus caprichos y una belleza que no decaía, que se conservaba fresca, delicada, inalterable, al través de los años.

La reina las había entretenido mucho. Le gustaba saber cosas, enterarse de las murmuraciones. Se complacía de la manera graciosa con que la marquesa sabía decirlo todo, sin ofender sus regios oídos. La reina la azuzaba para hacerla hablar:

—¿Sabes, Pepita? Me dicen que eres tan bella porque te has hecho estucar.

La marquesa respondió impeturbable:

—Señora... pues que se estuquen.

Al salir de allí vieron en la antesala a una dama delgada, pálida, con aspecto enfermizo, que ya estaba allí cuando entraron ellas en la cámara real.

La marquesa, cuyos gestos graciosos no tenían rival, mantuvo cogida un momento la pesada cortina y dijo sonriendo:

—Perdóneme usted, Concha, si le he hecho tanto esperar.

La otra se irguió con una actitud tan altanera, que parecía crecer.

—Usted no puede hacerme esperar, marquesa, ha sido Su Majestad.

Y pasó altanera, seguida de la niña, que la acompañaba.

Ella se quedó admirada, casi asustada, al verse frente a frente de su doble. Primero pensó que se veía en alguno de esos grandes espejos de palacio que la retrataba toda entera. Se pasó la mano por los ojos, y vió que su imagen seguía mirándola atónita, sin hacer el mismo movimiento, y que sus vestidos no eran iguales.

Se contemplaban las dos, sugestionadas, de tal modo que la dama que entraba tuvo que llamar:

—¡Vamos, Luisa!

Y aquella otra Luisa, entró detrás de la dama, dejándola aturdida.

—¿Quienes son esas señoras?—le preguntó a su madre.

Esta, furiosa por el desaire recibido, respondió con desdén:

—Es la generala Castelo con su hija, una "cualquier cosa" que alterna en sociedad gracias a la protección que les ha dispensado tu padre.

La marquesa olvidaba que ella también, como la otra, procedía del pueblo y su marido no fué más que un oscuro militar, hasta que las circunstancias le hicieron destacarse para conseguir en un puesto preeminente honores y título.

—Pues la niña se me parece como si fuéramos una misma—dijo ella—y se llama también Luisa.

La marquesa se incomodó:

—¡Que no se te ocurra pensar esa idiotez!—dijo—. Se te parece como un huevo a una castaña... ¿No te has fijado en lo ordinaria que es? La sangre de la madre...

Luisa no se atrevió a preguntar más, pero desde entonces aquella mujer que le parecía como una gota de agua a otra, no la había dejado tranquila.

Era indudable que ella debía también inquietar a la otra Luisa. Habían coincidido en la fecha de su primera comunión, al ser recibidas por la Infanta, que también quedó absorta ante su parecido. Luego, desde que ambas hicieron su entrada en el mundo, vistiendo el primer traje de cola que les daba categoría de mujeres, se habían encontrado en todas partes.

Luisa Castelo y Luisa Monsalvat, eran tan iguales, que su semejante

llamaba la atención. Las gentes cuchicheaban... se contaban historias pasadas.

La marquesa de Monsalvat, mientras su marido gozó del poder cerca de los reyes, había dado rienda suelta a todos sus caprichos. Aparecía como una diosa en el Prado todas las tardes, en su magnífica carretela forrada de damasco azul, o en su landó con forro de raso blanco, a cuyo alrededor carocoleaban los más apuestos caballeros de la Corte. No tenía rival para su hermosura, su lujo y sus descotes, ni en la misma reina.

Su marido, el héroe convertido en ministro, se preocupaba poco de las amistades de su esposa. Elevado a tan altos puestos, por obra del acaso, desvanecido con su altura, deslumbrado por los favores de damas linajudas, en cuyos brazos creía aspirar el aroma de una nobleza añeja, hasta le agradecía a su mujer que supiera alternar con tanta distinción, y se colocara a la altura de la nobleza de abolengo sin hacer un mal papel.

Se sabía que para alcanzar un nombramiento o conseguir un empeño, era a la marquesa a quien había que dirigirse. Eso disculpaba la corte que todos le hacían porque no se sabía si eran enamorados de las gracias de la mujer o ansiosos de conseguir el favor del marido. La ambición y el amor se confundían a su lado.

Y aquella misma pluralidad de amantes que le achacaban, de favoritos que se sucedían en torno suyo, venía a favorecerla, formando una atmósfera de murmuración en la que nada se condensaba.

Uno de los que más tiempo se mantuvieron en la amistad de la hermosa marquesa, fué el General Castelo, entonces mero Coronel, y que mercer a su influjo llegó a elevarse a los primeros puestos políticos. Eso era lo que no le había agradecido nunca la señora de Castelo, que se complacía en mostrarle enemistad cuando merced a ella figuraba en su mundo.

Había llegado al escándalo la marquesa con aquella pasión. Castelo estaba siempre a su lado, en el palco y en el baile. Se les veía desaparecer a un tiempo mismo del paseo, durante el que no cesaban de hablar, inclinado él sobre la portezuela, jinete en su magnífico caballo pío.

Y después de acallado, aquel escándalo venía a herir a la hija con su parecido a la hija del General. Hasta el mismo nombre, que era el de la madre de éste, llevaban las dos jóvenes. Estando tan distantes, por la separación que su rencor establecía entre ellas, se los solía confundir con un plural y llamarlas "las Luisas".

Se sentían hermanas y eso despertaba en ellas más animadversión. Para Luisa Castelo aquella hermana representaba una humillación de su madre, una ingratitud y un olvido de sus deberes por parte del padre. Participaba del odio de su madre—enferma desde entonces—hacia la marquesa que le había robado la felicidad.

En cambio, para Luisa Monsalvat, la otra Luisa represntaba la prueba de algo que hacía salir el rubor a su rostro. La contemplaba como la hija de un hombre odioso, el cual hubiese abofeteado y humillado a su padre, dejando en aquella criatura la prueba viva de su infamia.

Y en medio de su repulsión, había algo que las atraía, una fuerza misteriosa de la sangre, que evitaba que el odio estallase.

II

Mirando aquel retrato recordaba toda su vida de soltera y el disgusto terrible que le había producido aquella pintura, cuando apareció puesto al lado de su retrato en una de esas exposiciones que inaugurán los reyes y contempla "todo Madrid".

Eugenia de Montijo que había venido a España, convertida en Emperatriz, para visitar a su antigua soberana, estuvo con doña Isabel II en la exposición y las dos se pararon ante aquellos retratos. No había más diferencia que el peinado. Ella llevaba un complicadísimo tocado de rulos y la otra Luisa unos tirabuzones.

La Emperatriz comentó sin pararse a pensar en el valor artístico de la pintura, dirigiéndose a su madre:

—Está preciosa tu hija. Le sienta mejor el peinado bajo.

La marquesa se inclinó sonriendo, sin deshacer el error; pero una de las damas advirtió:

—Esta no es la Luisa de Monsalvat, es Luisa de Castelo.

La emperatriz y la reina tuvieron una fugaz mirada y una leve sonrisa, que descubría la malicia de las mujeres bajo la pompa de las coronas.

Su madre no había perdonado jamás al pintor de fama aquella ofensa; pero ella lo que más sentía era que habían encontrado a la otra Luisa más bonita.

Era un fenómeno raro el de estar unidas, como verdaderas hermanas, que van juntas, a pesar de aquel sentimiento de odio que las separaba.

Se esperaban la una a la otra en todas las fiestas. La que llegaba primero estaba inquieta, intranquila, mirando sin cesar para ver si descubría a la otra. ¿Vendrá? ¿Qué traerá puesto? ¿Estará más bonita que yo?

Después del momento de disgusto de ver aparecer a su rival ya se quedaban tranquilas, tratando de superarse la una a la otra.

Todo el mundo, aun los que nada sabían, se daban cuenta de la enemistad de aquellas dos mujeres tan semejantes. Ellas trataban de diferenciarse.

—Es lindo ese traje de tafetán color capuchina, con entradas de chantilly y gran túnica de tul negro—decía Luisa Monsalvat—. Yo me haré uno igual, pero verde, le pondré una gorguera Médicis y le añadiré un volante de cinta y un rizado de encaje.

—Le sienta bien el peinado alto—pensaba Luisa Castelo—; yo me peinaré alto, pero me pondré un adorno de encaje, con una flor de color vivo, que caiga encima de la sien, en lugar de la media corona de flores de glicina que ella lleva.

En ocasiones, huyendo de vestir iguales las dos, solían aparecer vestidas de terciopelo color alelí o de popelina azul. A veces coincidían en los adornos: una diadema de plumas de gaviota y pedrería, un sombrero granate con crestas de gallo, o el peinado de castaña cayendo sobre la espalda.

La una distraía a la otra. Los que las miraban tenían que hallar a las dos igualmente bellas.

Para parecerse en todo, las dos se disputaban el amor de Enrique Troquel. Este era un jovencito de una belleza casi femenina, rubio, sonrosado, con un cabello suave y un lindo bigote de seda. Nadie como él sabía llevar el frac y ponerse la corbata. Iba siempre en compañía de su mamá, la

vieja condesa de Troquel, que no pudiendo ya ocultar su ruina buscaba un buen partido para su hijo.

Esto decidió a la madre, no a él, para encontrar mejor partido a Luisa Castelo. El General había logrado con la política una fortuna muy sólida.

Luisa Monsalvat, lloró mucho al verse vencida y sufrió una gran pena de que Luisa Castelo se casara con el hombre que ella amaba. Para no quedarse soltera después de la boda de su rival aceptó la mano de aquel barón andaluz, Adolfo de Rosval, al que obligó a solicitar el título de vizconde, antes de su matrimonio, pues jamás hubiese consentido en tener

que grabar en sus escudos el tortil de baronesa cuando la otra Luisa usaba, desde su matrimonio, la corona perlada de las condesas.

Ella no era feliz en su matrimonio porque no amaba a su marido. Adolfo era de carácter rudo, un poco violento, poco aficionado a la sociedad. Le gustaban todos los deportes, con preferencia la caza y los caballos. Se pasaba días enteros metido en sus cuadras, contemplando sus caballos y poniendo su vanidad en que nadie poseyese ejemplares de raza y de buena estampa más perfectos que los suyos.

Le agradaba más pasar el tiempo en Andalucía que en Madrid, viendo sus grandes dehesas, y paseando entre potros y yeguas. Muy enamorado de su mujer, hubiera sido dichoso si ella hubiese compartido sus gustos, o por lo menos, se hubiera plegado a ellos. Pero Luisa no se amoldaba de ningún modo. Creía hasta ofensivo que su marido pudiera suponerla capaz de estar entre el ganado caballar, ocupándose de los cruces y el nacimiento de caballos y mulos. Le gustaba que su marido ganase con ellos mucho dinero, y tener estupendos caballos de silla y soberbios tiros para sus coches.

—Pero que Adolfo no se crea que soy capaz de convivir con los caballos, y tolerar su olorosa cuadra a estiércol—decía.

Le causaba indignación ver a su esposo siempre conversando con cocheros y mozos de cuadra, o bien preparando sus escopetas y sus pertrechos de caza. Tener un marido invencible en la esgrima y el tiro de pistola no era cosa que le agradaba. Hubiera deseado un marido menos enamorado y más tolerante: como su padre.

Y no era porque sintiese su yugo para nada ni porque le coartara su libertad para alternar en su mundo. Es que le sentía miedo y no se atrevía a tener las agradables aventuras que suponía en la vida de su madre, y que se había propuesto imitar cuando se casara. Con su marido lo tenía todo menos la libertad de ponerlo en ridículo.

La consolaba que Luisa Castelo no era más feliz que ella. Los primeros disgustos habían surgido desde el mismo día de la boda entre su padre y su suegra... El General, enorgullecido con su dinero, hacía la ostentación propia de los nuevos ricos, y trataba de imponer la autoridad que da la fortuna a su arruinada consuegra.

Después del banquete que le dió la condesa del Troquel para celebrar la boda de su hijo, tocó el turno a la ostentosa comida del General. Con mal gusto manifiesto procuraba llamar la atención sobre el derroche de vinos y manjares.

—Dígame usted, condesa—exclamó ofreciendo su copa a la del Troquel —si en su vida ha tenido usted un vino tan bueno y tan añejo como este.

—No por cierto—respondió la dama, sin tomarlo—. Lo único que hay añejo en mi casa son los blasones.

La lucha quedó entablada a partir de aquel momento. La condesa no volvió a poner los pies en casa de su nuera.

—No nos entendemos—decía—. Tiene otros gustos, otras costumbres. No es de nuestro mundo...

Y después de un silencio, solía añadir, entre un suspiro:

—¡Pobre hijo!

Enrique hacía causa común con su madre para desdeñar a su esposa, sin perjuicio de aceptar las dádivas del padre, que tenía que proveer a

todos los gastos de su casa. El hacía bastante con dejarse mimar, vestirse con elegancia y pasear por los salones a su mujer que alternaba en todas partes, haciendo el tormento de la nueva vizcondesa. Parecía que la perseguía; la hallaba en el teatro, en las visitas, en la calle, hasta en el picadero, donde para complacer a su marido daba lecciones de equitación.

Ellas seguían sin tratarse aunque Enrique era gran amigo de Adolfo.

—He estado ciego—pensaba a veces el condesito del Troquel, mirando a Luisa—. Esta es igual de bella que mi mujer y tiene la distinción aristocrática que a ella le falta.

Un día Adolfo olvidó que Luisa Monsalvat era la esposa de su amigo y ella no pensó en que aquel hombre era el marido de su hermana. Experimentó un placer intenso al arrebatarle su marido a Luisa Castelo. Se entregaba a Enrique sólo por el deleite de suplantarla.

III

Se había despertado su pasión salvaje por Enrique, desde que Luisa Castelo había muerto.

Primero sintió miedo. Le pareció que de desaparecer aquella vida tan paralela a la suya, quedaba disminuída. Como si fuese a morir tan bien.

Era raro aquel enamoramiento que la poseyó desde entonces. Amaba a Enrique con una vehemencia, con unos celos, que hacían pensar en que lo amaba con más doble pasión. Era como si se hubiese encarnado en ella todo el amor de la difunta.

La seducía aquel jovencito tan blanco, tan fino, tan adamado. No sabía contenerse para disimular, y varias veces llamaba la atención de sus amigas hacia sus perfecciones.

Hasta una noche le había dicho a su propio marido delante de sus contertulios reunidos en el salón:

—¿Pero no ves qué piececitos más chiquitines y más bonitos tiene Enrique?

Adolfo no desconfiaba. Se creía tener a su mujer demasiado segura y satisfecha para que fuera capaz de engañarlo.

Conforme iba adorando más a Enrique la joven, iba odiando a su marido. No podía soportar aquella rudeza varonil y aquel aliento, con olor a tabaco, de Adolfo, comparado con las suavidades cuasi femeninas de Enrique, y su boca perfumada.

—Mi marido es un bruto, un ganadero—pensaba—. No es capaz de tener las delicadezas de mi Enrique. En sacándolo de sus caballos y de sus escopetas, no sabe hablar de nada.

Como no tenía motivo de queja contra su marido, lo amaba por entretenerse en sus inocentes distracciones.

—El no me falta en nada—le decía a su amante—, pero no se acuerda de que tengo alma, deseo de convivencia, anhelos de ternura. Me mira igual que a sus caballos.

Durante toda aquella larga temporada que llevaba Adolfo en el extran-

jero, invitado a una gran cacería, a la que ella no quiso acompañarlo, se había entregado por completo al amor de Enrique.

Algunas veces, muy oculta en el fondo de su coche, se había atrevido a pasar la noche en la misma casa de su amante, y aquella salita no le era desconocida. Pero en aquellos momentos, debido al estado de ánimo en que se encontraba, sentía miedo de verse allí sola ante aquel retrato que la miraba con unos ojos como los suyos, llenos de reconvenciones. Era indudable que aquella mujer fué su hermana, la hija legítima de su padre, con la que ella había cometido una mala acción. Pero la muerta no había cesado de perseguirla; aun sentía unos celos horribles y una angustia espantosa cuando Enrique la estrechaba en sus brazos, buscaba su boca, y le llamaba "Luisa mía". ¿Pronunciaba su nombre o el de la otra? ¿Era a ella o era a la otra a quien abrazaba? ¿Distinguía claramente su amor entre ellas?

Luisa, vizcondesa de Rasval, se había convertido en una importante figura de la corte de Don Amadeo y desde entonces la condesa del Troquel, madre de Enrique, se había hecho su íntima amiga. Fingiendo no darse cuenta de nada de lo que sucedía entre la vizcondesa y su hijo, favorecía sus amores, y procuraba servirles de capa, evitando las murmuraciones. La presencia de la madre disculpaba ante el mundo la asiduidad del hijo.

De origen inglés, la condesa de Troquel tenía todo el carácter utilitario de su raza. No se le ocultaba que Luisa podría ser para Enrique lo que su madre había sido para el general Castelo, y temerosa de las veleidades de su hijo, trataba de prenderlo más y más en aquellos amores peligrosos, conforme crecía en la corte la influencia de Luisa.

Durante el período de la malograda y breve república, no pudiendo alcanzar nada, casi todos los nobles adoptaron la actitud de fidelidad a la casa de Borbón.

Pero luego las cosas habían cambiado. Había nuevo monarca y nueva corte. Las ambiciones tenían campo para desarrollarse y luchar. La nobleza se dividía en dos bandos.

El rey Amadeo se había conquistado muchos partidarios sólo con su presencia. Venía el joven monarca con fama de don Juan a la patria de los don Juan.

Las damas quedaron sorprendidas de su garbo, de su apostura, del donaire con que manejaba el caballo. Sin duda le favorecían también las circunstancias trágicas y emocionantes en que llegaba. La muerte del general Prim había conmovido todos los ánimos. Conquistaba la simpatía el soberano que antes de dirigirse a su palacio iba a orar ante el cadáver del caudillo de Africa, tan villanamente asesinado.

Algunas damas tenían escrúpulos.

—Al fin y al cabo es un hjo de Víctor Manuel, el verdugo del Papa—decían—y debe estar excomulgado.

—Un excomulgado no puede ser rey de España y llevar el título de católico.

—¡Pero si lo primero que ha hecho al desembarcar es un donativo a la Virgen!—argumentaban las defensoras.

—¿Y quién nos dice que no sea por teatralidad?—respondían las rebeldes.

Pero cuando al día siguiente de su llegada se recibió la Bula de Su Santidad, el Sumo Pontífice, levantando todas las excomuniones que pudieran pesar sobre Amadeo de Saboya, las devotas se tranquilizaron.

Y aquella misma semana, en la velada del marqués de Alcantarilla, todas las más bellas mujeres de la nobleza madrileña se declararon en favor de Amadeo. Se sabía que había venido en pos suyo una gran actriz italiana y que él ya rendía vasallaje a la belleza fuerte y morena de una española. Era un rey conquistable.

Las damas comentaban todos sus actos:

—Le debe gustar mucho la música, porque la oyó atentísimo en el teatro toda la noche.

—Como buen italiano.

—Y también deben gustarle las flores. Tenía un clavel en la mano, y no cesó de olerlo.

—Le chocarían los claveles de España.

—Italia no tiene nada que envidiarnos tocante a flores.

—Pero no en los claveles.

—Es que es un hombre muy cuidadoso, muy selecto. En los pocos días que lleva en Madrid, se ha cambiado tres veces el peinado.

—Pues le sienta bien la raya en medio.

—Es que tiene unos ojos muy dulcemente melancólicos.

—Mira con una expresión de tristeza que conmueve.

—Debe inspirar pasiones locas.

—La tiple que ha venido siguiéndolo es una belleza admirable.

—Yo la vi en Fornos con un caballero que la acompañaba, tal vez su secretario.

—Pero dicen que el rey está perdido por Adelita.

—¿La del lunar y las patillas?

—Sí.

—¿Cómo la ha conocido?

—Es la cuñada de su médico de cámara.

—¡Pues no le ha dado mal remedio!

Y todas las mujeres, de común acuerdo, empujaban a sus maridos, sus padres y sus hermanos para que fuesen a palacio.

—Si la nueva dinastía arraiga—les decían—, a los que ahora les acoja habrán hecho su suerte.

—Todos hemos hecho el vacío en torno del rey y necesita corte. Se pueden conseguir los primeros puestos con poco trabajo.

Amadeo triunfaba más con la simpatía que le profesaban las mujeres que por el convencimiento de la política limpia y digna que desarrollaba.

La influencia de Luisa era demasiado grande sobre su esposo y su amante para no inducirlos a formar parte de la corte del nuevo monarca.

Cuando llegó la reina María Victoria, la simpatía aumentó. Ella parecía más bien la madre que la esposa de Amadeo. Representaba más años que él, y a pesar de su gesto gracioso de mujer buena, no era bonita. No sería un estorbo para los galanteos de su marido.

Después del recibimiento grosero que hicieron a la reina los despechados por perder las prebendas conseguidas en el antiguo régimen, la soledad de los soberanos se hizo más notoria. Los reyes estaban aislados. Las ceremonias de Semana Santa en Palacio carecieron de brillantez, y don Amadeo y doña María Victoria no tuvieron el acompañamiento necesario para recorrer las estaciones el Jueves Santo.

Necesariamente tenían que agraciecer y premiar las adhesiones. Luisa conquistó su favor desde el primer momento. La reina quedó prendada de su simpatía y el rey de su belleza. Luisa disponía a su antojo, gozaba de una verdadera privanza, y no dejó de aprovecharla para introducir cerca de los reyes a su íntima amiga la condesa del Troquel y su hijo.

Su marido había cedido a la influencia de Luisa, pero, avergonzado en el fondo, aprovechó la ocasión de irse a la famosa cacería a que lo invitaban en Inglaterra.

Había sido aquel el período feliz de la vida de Luisa; sin la sombra de su rival, sin la sujección de su marido, siendo la primera figura de la corte, entre el mimo de la condesa y la pasión de Enrique, y pudiendo desplegar un lujo semejante al que ostentaba su madre en la privanza. El parecido con Luisa Castelo venía ahora a favorecerla. Enrique llevaba su retrato como si fuese el de su mujer y podía hablar del amor que sentía por su Luisa. Hasta podía creerse que lo atraía hacia ella el recuerdo de su esposa.

El único deseo de Luisa era que aquella situación se prolongara, que el marido tardase en volver o no volviese nunca.

Y la carta recibida con tanto retraso, que le precedía quizás algunas horas, venía a cambiarlo todo.

Le tenía miedo al carácter intransigente de su marido, que se expresaba

en el tono altisonante de los personajes del antiguo teatro, cuando se hablaba de la fidelidad de las mujeres.

En su desesperación tenía ganas de preguntarle a aquel retrato que la completaba:

—¿Qué podemos hacer?

De pronto tuvo una idea. Puesto que la madre de su amante los amparaba, debía ir a buscarla para que la acompañase a su casa. Así estaba salvada.

En la antesala dormitaba el ama de llaves que al verla se puso de pie.

—Si viene el señor, dígale que lo espero en casa de su madre—dijo, y salió sin añadir ni una sola palabra de despedida.

Al llegar a la calle, oscura, con los escasos faroles ya encendidos, volvió a sentir detrás de ella los pasos acompasados que se adaptaban al ritmo de los suyos. La seguían.

El miedo la hizo volver la cara y vió a su lado a Carlos Pomerano.

—¡Ah! Es usted...

—Un servidor de usted.

Se ponía atrevidamente a su lado.

—¿Se puede saber porqué se ha atrevido usted a seguirme?—le preguntó ella.

—Por Dios, vizcondesa—repuso él con voz cínica—. No soy culpable de haberme sentido arrastrado por la simpatía y la hermosura de usted, aun sin haberla reconocido.

Sonrió ella.

—¿Pero ahora?...

—Ahora, vizcondesa, no puedo menos de bendecir a mi buena suerte que me hace encontrarla así, a pie, por la calle.

Ella estaba confusa y Pomerano continuó.

—La casualidad ha puesto el secreto de la más hermosa mujer de Madrid a mi alcance.

—Pero usted es un caballero, y...

La atajó la risa del buen mozo.

—¿Cree usted que dejaré de serlo por referirles a mis amigos una linda anécdota de actualidad?

Luisa comprendía que era inútil hablar aquel lenguaje a un hombre cínico, como Pomerano. Sabía que no tenía delicadeza alguna en cuestión de mujeres, y sólo se hacía respetar de los hombres por su condición de maestro en todas las armas. Cambió de táctica.

—¿Si yo le pidiera el silencio?

—Le propondría vendérselo.

Y al ver el movimiento de Luisa añadió:

—No proteste usted, que no seré exigente.

Estaban en la calle del Príncipe, frente a la casa de la condesa.

—He llegado. Me quedo aquí—dijo ella.

—¿Sin comprarme mi secreto?

Sintió impulsos de insultar aquel hombre, pero se contuvo y dijo:

—Guárdeme usted la opción.

IV

Era animadísima la reunión aquella tarde en casa de Luisa. Su marido, encantado del recibimiento que la joven le había hecho, no sospechaba de nada. Sus asuntos iban viento en popa y si hubiera sido ambicioso, podría considerarse feliz. Su mujer acababa de ser nombrada dama de la reina, en unión de la condesa del Troquel y de otras señoras, algunas sin título alguno. Don Amadeo acababa de concederle el título de conde.

Había tenido aquello muy atareado al matrimonio. Les fué preciso cambiar las armas de todos los objetos donde estaban grabadas para añadir las cuatro perlas más que ganaba su corona al pasar de ser de conde en lugar de vizconde. Era una gran tarea para cambiar los blasones de la cristalería, la argentería y la ropa blanca, las libreas, las portezuelas de los coches y los mil sitios en que estaban grabados. Con el éxito, los amigos aumentaban. El salón estaba lleno de gente. Los hombres formaban grupo cerca de Adolfo, escuchando las peripecias de la cacería, y la descripción de sus nuevos caballos.

Otros, como Enrique, preferían estar entre las damas, que se ocupaban de las novedades de la próxima primavera. La ropa elegante encarecía por momentos.

—Un vestido de lienzo mejicano crudo, con cintas de terciopelo negro, bordadas de florecitas, que le han traído de París a la de Abarriatua le ha costado mil cuatrocientos reales—decía una.

—¡Qué barbaridad! Pues es más caro que uno de cachemira gris con tiras de fulard que se ha hecho la de Yucas y sólo le ha costado mil reales.

—Yo prefiero—replicaba alguna, a la que le agradaba tener fama de ordenada, conciliando la economía con la elegancia—dar la tela a mi modista. Corta, hilvana y prueba sólo por seis reales. Vive en la calle de la Montera.

—La mía es algo más cara. Me lleva ocho reales. Vive en la calle del Tesoro.

—La verdad es que la costura, con el invento de las máquinas, está baratísima.

—Como que la he visto anunciada que se cose a cuarto la vara en el número once de la calle de Zaragoza.

—Eso no resultará muy bien.

—Naturalmente; pero es un recurso para muchas gentes.

—Lo mejor es hacer las cosas en casa.

—Claro, porque si no a lo mejor le plantan a una un paletó "Isabel" en lugar de un paletó "Victoria".

La división de las damas afectas a una y otra monarquía alcanzaba hasta al traje.

—El paletó "Isabel"—se aventuró a decir una—es muy elegante; recto en el delantero y medio entallado por detrás. Es lo que se llama un abrigo de fantasía, lindo para el paseo. ¡No sé porqué lo han bautizado con ese nombre!

—No influye sólo el nombre para que me guste más el paletó "Victoria." Las solapas apuntadas y anchas, le dan un aspecto muy gracioso.

—Pero es muy de jovencita; a mí me gusta el paletó "Adelina".

—Pues le parece mucho al "Isabel" porque es entallado y no quisiera confundirme con las "otras".

—Yo me he hecho por eso el paletó "Ferni" de punto gris oscuro, muy suelto y muy airoso. Creo que es lo mejor.

Otras hablaban de labores; era muy importante la fama de "primorosa" que se adquría bordándose una prenda o haciendo algún objeto casero: un cordón bordado con mostacita, para tirar de la campanilla, un cojín de terciopelo con rosas de relieve para el carruaje, una red de guipur para servir los huevos, un cuadro bordado al pelitre o una flor para el sombrero.

Algunas jóvenes se entretenían en descifrar un salto de caballo, propuesto por Vicentito Roure. Siguiendo las indicaciones de "comienza en la casilla número uno y acaba en la ciento veintiocho", las damas se afanaban por componer palabras reuniendo sílabas y juntaban las lindas cabecitas, muy cuidadosamente peinadas, con una complicación de rulos, trenzas y tirabuzones, que no cubrían los sombrerillos pequeños, cayendo en pico sobre la frente, muy adornadas de cintas, plumas, encajes y lazos de colores. Tenían todos bridas que se amarraban debajo de la barba, de terciopelo negro unas, verde otras, algunas de falla con flecos todo alrededor y otras de tul bordado, que caían en grandes lazos. Les encuadraban las caritas espolvoreadas de la "Velutina Fay", después de cuidadosamente preparadas con el "Blanco de París" y la "Rosa de Chipre", que venían de París en el famoso "Cofrecito de belleza".

Las más formales se daban consejos y noticias acerca de dónde podían encontrarse las novedades.

—Las mejores estrellas y margaritas de concha, para la cabeza, las encontrará usted en el Bazar de San Luis.

—¿Dónde?

—Está en la calle de la Montera, en la tienda que hace rincón.

—¿Sabe que la Triguyarts ya no tiene coche? Ha tomado un abono por meses en la calle de Jesús del Valle.

—Si quieres un buen corsé no hay más que los de doña Julia en la calle de Hortaleza.

—Para el cabello yo uso el "Aceite de Abrótano", pero tengo que hacerlo venir de Málaga.

Después de tomar el chocolate con bollos, pasteles y pan dormido, la conversación se generalizó.

Se tocó el tema de siempre, en la época de lucha que hacía enemigas a las dos mitades en que su adhesión a doña Isabel o don Amadeo había colocado a la nobleza.

Se criticaban sin piedad unas a otras.

—No sé cómo la condesa de Montijo después de lo que le sucede a la hija, haya accedido a esa reunión.

—Se empeñaron las niñas, las nietas, y le dirigieron una exposición en verso.

—Di que ella es una vieja que no sabe pasar sin fiestas. No había transcurrido mucho tiempo de la muerte de la otra hija, la de Alba, cuando ya dió representaciones en su salón.

—Para ver las gracias de las comedias del marqués de Molins y que no se llevase la primacía la condesa de Vilches.

—El marqués de Molins es otro viejo que siempre está en medio.

—Pues yo creo que la condesa de Montijo ha hecho muy bien en ir a recibir, con las damas del Patronato, a la reina Victoria, cuando ha visitado el Hospicio.

—Es que dice que no la recibió como reina, sino como señora.

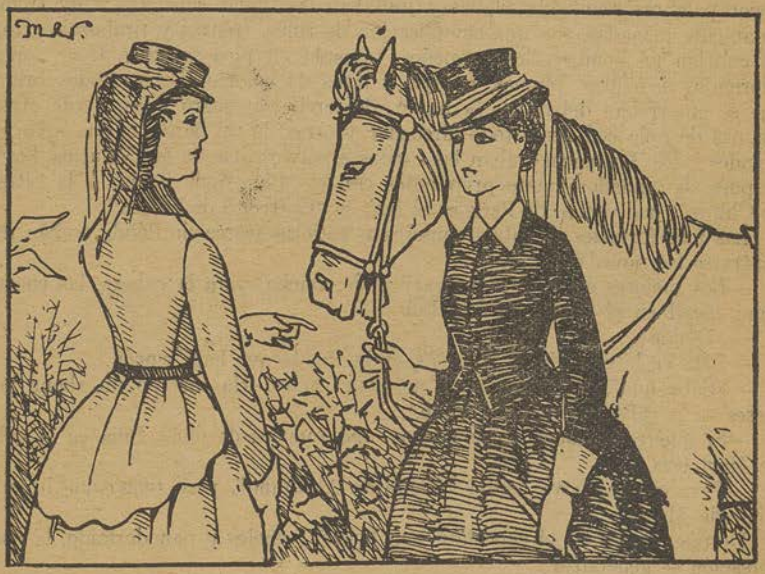
—Pues ha estado muy cortés.

—Otra cosa hubiese sido una grosería.

—¡Se hacen tantas!—comentó la del Troquel—. Precisamente el domingo, al pasar por la calle del Arenal el coche de Sus Majstades, se cruzó con otros varios carruajes. Todas las señoras nos pusimos de pie a saludar, como es costumbre, pero la de Guaqué comenzó a gritarle a su cochero como una energúmena: "¡Ni parar ni saludar!"

—¿Y la oyeron los reyes?

—Ya lo creo. La reina, con ese aspecto modesto, un poco asustado, que tiene



siempre, se puso muy pálida y no dijo nada; pero el rey exclamó sonriendo: "¡Qué señora tan bien educada!"

—Es una vergüenza, sobre todo por la reina, tan buena, tan sencilla, tan virtuosa.

—Y tan caritativa. Ha fundado ese hermoso Asilo para hijos de las lavanderas.

—Y mil cosas más. Hasta no ha querido hacerse un traje para dar su importe a los pobres.

—Pues eso dicen los otros que es que no tiene alma de reina, y no sabe ser gran señora.

—¿Y la grosería que le han hecho de presentarse en el teatro con peinas y mantillas y la rosa colgando sobre la mejilla, haciendo un alarde de españolismo, para recordarle que es aquí una extranjera.

—Bien caro que lo iban a pasar, sino lo evita el rey, con los lances a que la broma dió origen.

—Y luego, ¿para qué? Casi todos los papás y los hermanitos han aprovechado la ocasión de meterse en palacio.

—Como que las que hacen la oposición es porque creen en la restauración próxima o porque no tienen aquí cabida.

—El rey es demasiado condescendiente—atajó un caballero—. Isabel II ha firmado en un acta de matrimonio, como madrina: "Yo, la reina". Beranger ha consultado al rey sobre este caso, y su majestad ha contestado: "Hace bien; ella no debe abdicar", y ha consentido que sea válida la firma.

—Lo malo es que creen que esos rasgos de los reyes son debilidad. El conde de Plaza Alonge se ha negado a doblar la rodilla derecha delante del rey, como el ceremonial dispone para recibir una Orden de Caballería, diciendo que como católico, solo hinca la rodilla derecha ante Dios. Pero todos sabemos lo que eso significa.

La conversación versó en seguida sobre los amores del rey. Desde que la policía expulsó de España a la actriz italiana, había estado preso en las redes de su amante española; hasta el punto de que habían tenido que ir a buscarlo a casa de Adelita la noche en que nació el futuro príncipe de Asturias. Ahora era una inglesa la que tenía loco de amor al inflamable monarca.

Adolfo se acercó a su mujer.

—¿Podías hacer que se quedase a comer con nosotros alguna de tus amigas?—le preguntó.

—¿Por qué?

—He invitado a dos amigos míos y sería bueno que hubiera más mujeres en la mesa.

—¿Cómo no me has dicho nada antes?—preguntó ella, atenta siempre a imputarle a su marido las menores faltas de cortesía.

—Ha sido una cosa impensada. Me comprometieron en el Casino.

—¿Quiénes son?

—El duque de Morielva y Carlos Pomerano.

—¡No... ese no...! ¡De ninguna manera!—exclamó sin poderse contener Luisa.

Adolfo quedó sorprendido.

—¿Por qué no?

—¡No puedo sufrir a ese hombre!

—¿Acaso te ha faltado en algo alguna vez?

—¡No es eso!—replicó con viveza, conociendo que había hecho mal.

—¿Entonces?

—Me es antipático por jactancioso, por espadachín.

—Es un buen muchacho.

—¡Un cínico, un fanfarrón!

—Bien, bien; como tú quieras. Me iré a comer con ellos al Círculo....

—Eso, no...

Sentía miedo de que Carlos hablase a solas con su marido. Así es que añadió:

—Son tonterías mías. Mejor es que coman aquí. Le diré que se quede a Pepita Albornoz.

Poco después, Carlos Pomerano venía a besarle la mano. Adolfo no pudo menos de notar que su mujer se inmutaba al verlo. Volvió a su sitio, continuó

su conversación con sus amigos, pero sus ojos no se separaban del lugar en donde estaba Luisa. Enrique se había alejado de ella para mezclarse al grupo de las aficionadas a los "saltos de caballo", que se entretenían ahora en trazar un jeroglífico. Le parecía que Carlos tenía interés en acercarse a su mujer y que ella lo evitaba. Casi vuelta de espaldas oía a la duquesa de Najeres, mujer gruesa, muy preocupada de la comida, que le recomendaba.

—No deje usted de probar la fresa que venden en los Portales de Manquiteros, en la calle Mayor; tiene un perfume y un gusto tan exquisitos como la que se coje en primavera. Y no crea que es cara, a proporción, para ser fuera de tiempo. Ocho reales la libra.

Pomerano estaba ya cerca de Luisa.

—¿Qué hay de nuestro asunto, querida condesa?—le preguntó.

—No sé a lo que usted llama nuestro asunto—respondió ella.

—¿Tiene usted mala memoria?

—Tan mala, que es inútil recordarme lo que deseo olvidar.

—Está bien. Seguro que al conde le interesará más.

—¿Sería usted capaz?

—De todo, por probarle que la adoro.

—¿De esta manera?

—No puedo de otra.

El hablaba con calor. Ella le respondía de un modo nervioso, seco. Adolfo sintió deseos de saber lo que decían. Se acercó y sólo pudo oir estas palabras de su esposa:

—Pues bien... sí, hablaremos... En la primera ocasión.

V

El teatro estaba brillantísimo aquella noche. Aunque se esperaba a los reyes, habían ido las familias aristocráticas más fervorosas de los Borbones.

Le Opera era un terreno neutral para los dos bandos en que se dividía la sociedad española. Se había formado una especie de "jaubourg Saint-Germain", donde se refugiaba la vieja aristocracia, sin mezclarse con los monárquicos nuevos. Pero donde todos se confundían era en el teatro de la Opera. Allí se daban cita todas las aristocracias: la de la cuna, la del dinero y "la de ocasión". La afición a la música disculpaba lo mismo a los "dillettanti" que a los "dandys", pues con escusa de escucharla acudían los verdaderos aficionados y los que sólo iban a lucir galas. Es el primer turno de abono se veían en los palcos las damas más ilustres y bellas de Madrid rivalizando en lujo.

Tamberlick, con su voz poderosa y su arte admirable, alcanzaba una continuada ovación. Era un año privilegiado para los amantes de la música. Habían tenido ocasión de aplaudir a Adelina Patti a su paso por Madrid. Ahora la Ferni, diva de la temporada anterior, parecía ceder el puesto a la Ortolani-Tiberini y la Spezzia, creadora del magnífico papel de Margarita, en "Fausto", era la tercera "prima-dona".

El teatro parecía deber su aumento de luz al reflejo de las joyas y la carne

blanca que lucían los brazos y los descotes de las damas. Los trajes regios y pomposos llenaban los palcos.

Parecía imposible que ninguna belleza pudiese ya sobresalir de aquel conjunto, y, sin embargo, al aparecer Luisa en su palco y dejar caer la gran capa blanca que la envolvía, la atención se reconcentró en ella.

La joven estaba deslumbradora, con su vestido de gasa de Chambery, blanca, todo bullonado y guarnecido con grupos de rosas y de vellosillas por toda la falda. Una túnica azul, recogida con ramilletes iguales, terminaba en un corpiño de manga corta, muy descotado, con una drapería de gasa de Chambery, blanca, orlada de una ligera guirnalda de rosas y vellosillas de las cuales llevaba otra guirnalda, puesta a modo de diadema, que le caía hacia atrás, entremezclándose con los tirabuzones que le acariciaban la espalda. Un vestido de Purísima que daba a su clásica y fresca belleza un encanto de imagen.

Las pulseras de oro y perlas ceñían el remate de los guantes cortos, blancos como el traje, con la armonía que era de rigor. Sobre su pecho, lucía una gran cruz de oro con esmaltes azules, pendiente del collar de perlas.

Carlos estaba en la sala y se permitió sonreirla en un saludo demasiado familiar.

En aquel momento resonaron los acordes de la Marcha Real, que acompañaba la entrada de los reyes en su palco. Todos cumplieron el deber de cortesía, pero en seguida comenzaron los comentarios. Al lado del palco de Luisa estaba la de Alcañices y no lejos la de Medinaceli. El aspecto de doña María Victoria contrastaba con la opulencia de las españolas. Cualquiera parecía más reina que ella.

Luisa se sentía mal.

Veía que Adolfo andaba receloso, desconfiado, creía que sospechaba de Enrique. Así extremaba el disimulo con él y las protestas de amistad hacia la madre. Tenía verdadero miedo.

¿Qué hubiera sido de su bello Enrique si Adolfo se enterase de algo? Era Enrique demasiado delicado, demasiado exquisito, para medirse en un duelo con un hombre como Adolfo. La belleza del joven tenía algo semejante a la belleza de los pajecitos de la decadencia, con sus ojos dulces, sus rizos dorados y su bigotito sedoso. No eran aquellas manos pequeñinas capaces de sostener una pistola, ni un cuerpo tan elegante y delicado podía esgrimir con un jayan como Adolfo.

Su mayor temor era a causa de Carlos Pomerano.

Este la había visto de noche, sola, entrar en la casa de su amante recatándose de todos. No tenía más remedio que comprarle su secreto a Carlos. Eran para él sus palabras, sus sonrisas, sus coqueterías. Se asombraba de que los celos que adivinaba en su marido fueran en aumento a pesar de su prudencia para tratar a Enrique. No se le ocurría que era Pomerano el que excitaba los celos de Adolfo.

El recogimiento de los reyes y la atención que prestaban a la música hacían guardar un gran silencio a todos los espectadores.

Al caer el telón, don Amadeo dió la señal de aplauso y la estruendosa ovación a Tamberlik resonó en la sala. Los hombres aplaudían siguiendo el ejemplo del rey, pero las damas isabelinas se abstenían de imitar a doña María Victoria, que aplaudía también.

De pronto una nube de papelitos de colores, que no se sabía de dónde habían salido, inundó el teatro. Eran como una lluvia, aquellas papeletas,

con una sencilla orla negra, en cuyo centro había escritos unos versos. "Las ensaladillas", como llamaban aquellos papelitos, en las que aparecía casi siempre la satírica biografía de un personaje o de una familia, eran cosa corriente por entonces en todos los teatros de la Corte; pero la presencia de los reyes había impedido que se repartiesen en el teatro de la Opera. Su aparición causó sorpresa, y con la inquietud de todos comenzaron a circular de mano en mano. Había que ver a quién ponían en la picota del ridículo aquellos alados pedacitos de papel.

"Ni la niña crece
ni el padre envejece
ni el novio parece".

Decía uno, y todas las cabezas se volvían hacia el palco donde un señor con el bigote teñido, y el peluquín negro, acompañaba a una señorita, entrada en años, pequeñita y rechoncha. El público ponía los nombres de los biografiados.

—Es Clarita Luna.

Pronto distraía otro papel azul con un pareado:

"De las de Alcázar, Joaquina
es más tiesa que una esquina."

Pero a veces no eran tan inocentes y zaherían con dureza a un caballero o a una señora:

"Una cabeza de bolo,
una lengua intencionada,
carrillos de bofetada.
Todo eso tiene Manolo."

Decían aludiendo a un ministro de la nueva monarquía, y como respondiendo al reto, un papelito amarillo traía la semblanza de una de las principales damas de doña Isabel:

"Con patillas y mujer
andaluza y muy graciosa
hasta hay quien la llama hermosa.
Nadie la llega a querer".

La presencia de los soberanos imponía una mesura que impedía que se exterorizasen las señales de escándalo con que se comentaban siempre las "ensaladillas".

"Todo el poder del demonio
y sus torpes tentaciones,
no causaran impresiones
al conde de Torreones."

Rezaba otra "ensaladilla", que hacía volver la cabeza hacia el aristócrata de aspecto muy atildado y muy femenil.

Por fortuna, el comienzo del segundo acto de la ópera reconcentró la atención y los papelitos se escondieron, por un acuerdo tácito.

Más en cuanto volvió a caer el telón surgieron nuevas "ensaladillas". Casi al mismo tiempo resonaban los acordes de la Marcha Real. Sus Majestades se retiraban.

—Es una vergüenza esto—comentaban muchos—. Se pierden hasta las fórmulas de la buena educación.

—Don Amadeo acabará por abdicar e irse.

—Como que está retenido aquí casi a la fuerza.

—Y hará bien, es demasiado caballero para soportar ciertas cosas.

—Ya ha dicho que este país es ingobernable.

Los caballeros, entretanto, dirigían los gemelos a palcos y plateas, gozando en acercar por ese medio a ellos las encantadoras mujeres más encen-

didas de feminilidad en aquellos momentos, con los ojos más centelleantes, más luminosos.

Algunos iban a hacerlas breves visitas de palco en palco, no sólo por ver a sus amigas sino porque los vieran todos mariposear cerca de las más bellas flores.

Uno de los que más iban de un lado para otro, era Carlos Pomerano. Enrique no se atrevía a moverse del lado de su madre. La tarde antes había estado Luisa en casa de la condesa del Troquel, y allí había tenido con él una escena violenta. La disgustaba que disimulase tan bien cerca de Pepita Albornoz, y él se había interesado demasiado en el juego. Luisa le había amenazado con revelarlo ella misma todo a su marido, antes de tener una rival.

El condesito del Troquel, la creía capaz de no limitarse a una nueva amenaza, con su carácter impetuoso y apasionado.

Al fin, Pomerano entró en el cuarto de Luisa y le besó la mano de aquel modo petulante que ponía fuera de sí a Adolfo.

La joven, parte por curiosidad, parte por ocultar su nerviosismo, tendió la mano hacia una "ensaladilla" que llevaba Pomerano. Leyó esta cuarteta:

"Este se despacha pronto,
diciendo sin intención,
que es rematado de tonto
don Antoñito Muñoz".

Estalló una carcajada, por tratarse de un pariente del duque de Liansares, padrastro de la reina Isabel.

Unos momentos después entraba Enrique en el palco. Mientras Adolfo hablaba con él, Pomerano se acercó más a Luisa.

—Me tiene usted desesperado, condesa.

—¡Déjeme usted!

—No es justo que me siga tratando así, ya ve que no puedo ser más fiel cumplidor de nuestro pacto... y ahora mismo acabo de hacerle a usted un favor.

—¿Un favor a mí?

—Sí. He impedido que circule por el teatro una "ensaladilla" que la alude.

—¿Qué pueden decir de mí?

—¿Cree usted que nadie sabe nada?

—Sólo usted.

—Pues temo que no sea así, y lo siento, porque al dejar de tener la exclusiva del secreto me pierdo el deseado premio.

—¿Pero qué quiere usted decir?

—Vea usted.

Sacó envueltos en el pañuelo unos papelillos de color verde, y se los entregó con disimulo.

Luisa tomó aquel papel y lo ocultó bajo su gran abanico de nácar, con vitela representando figurines de la época.

Adolfo se acercó con violencia. No había perdido detalle de la escena.

—¡Luisa, dame ese papel!

—¿Cuál?

—¡Ese papel!...

Estaba descompuesto, olvidado del lugar dondo se hallaban, de todo, hasta de sí mismo. La joven, llena de miedo, le entregó uno de aquellos papeles, mientras, al mismo tiempo que Adolfo leía, ella leía también con avidez el otro.

"Caballista distinguido,
la corona le aumentó,
y estando de cacería
le "troquelan" el blasón".

—¡Que infamia!—gritó levantándose pálida y demudada.

Adolfo, tremendo de ira, miraba a Enrique, cuyo apellido, colocado en el juego de palabras de la "ensaladilla" le daba la clave de todo.

Luisa vió el peligro. En un duelo entre los dos, estaba perdido el que ella amaba. Tuvo una idea diabólica.

—¡Adolfo... este miserable me calumnia! El ha inventado eso... porque no he correspondido a sus requerimientos...

Adolfo no tuvo tiempo de pensar. Los celos lo abrasaron. ¡Estaba tan hermosa su mujer, encendido el rostro, llenos de lágrimas los ojos, coronada de flores y envuelta en perfumes, que no pudo dudar de lo que le decía. Sintió una rabia loca de que se la quisieran arrebatar, y su mano se alzó sobre Pomerano. Este retrocedió.

—No es necesario... Acepto el honroso puesto de "representación" que me da esta señora.

Saludó, sin perder su serenidad, mientras que Adolfo ayudaba a poner el abrigo a su mujer y la sacaba del palco próxima a desmayarse. Enrique había desaparecido sin saber cómo. Se alzaba el telón para el tercer acto.

VI

Aquel duelo, en el que había quedado muerto Adolfo y mal herido Carlos, constituyó el escándalo de todo el mundo aristocrático. Sólo le había hecho cesar la impresión producida por la abdicación de don Amadeo I.

Luisa perdía, con la Restauración, toda su influencia. Los parientes de su marido, embrollaban el asunto de la herencia, que no le pertenecía, por no haber tenido hijos.

Pero su gran desesperación no la constituía ni la pérdida de un marido, al que no amaba, ni el derrumbamiento de su poder. La afligía sólo la gratitud de Enrique, que pretextando la duda de sus relaciones con Carlos, se alejaba de ella y anunciaba su próximo enlace con Pepita Albornoz.

Todos compadecían a Luisa, conmovidos por sus extremos de dolor. Su duelo era el duelo de una verdadera viuda inconsolable; pero no por el marido, al que puso, de un modo más premeditado de lo que ella misma ha-

bía pensado, frente al hombre capaz de librarla de su yugo. Su viudez era por el hombre que había amado hasta llegar a cometer un crimen, que debía quedar impune.

Pasados unos años, olvidados los sucesos políticos anteriores a la Restauración, como si hubiesen sido una cosa muy lejana, Luisa ocupaba un puesto de honor entre las damas aristocráticas. Se culpaba al marido de su adhesión a la casa de Saboya. La hija de la marquesa de Monsalvat, cuyo título había heredado, no podía ser dudosa.

Después de la desdichada muerte de su marido, por defender su virtud, Luisa no se había vuelto a quitar el luto. Aquel traje blanco de gasa de Chambery, sembrado de flores, había sido su último traje de color. Su traje de novia con la viudedad. Algo semejante al último traje de las novicias que van a profesar y renuncian al mundo.

Luisa estaba al frente de todas las Juntas de Beneficencia, formaba parte de todos los patronatos de caridad, de todas las asociaciones de damas católicas. No podía haber empresa benéfica en la que no se contara con ella. Su piedad edificaba. ¿Qué importancia podían tener ya los recuerdos del pasado? La defendía contra ellas la solidaridad de las otras.

Joven y bella aún, rigurosamente vestida de negro, apartada de todo acto mundano para consagrar su vida a la práctica de las obras de misericordia, parecía hallar la felicidad en su fama de virtud; como si ella misma necesitara creerlo.

Nadie había tan intransigente como ella en todas las cuestiones que se relacionaban con la más severa moral o la más exigente ortodoxia.

Luisa había llegado a ser el prototipo de la dama aristocrática, de la dama virtuosa, de la dama impecable...

Carmen de Burgos
Colombine

DISCOS - LIBROS
FLAMENCO
FOTO - NOVELAS
T.B.O.S.
NOVELAS
CAMBIO
COMPRO - VENDO
TODAS - CLASES
FERIA, 26 Tel. 227178
SEVILLA

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:
República Argentina: ANTONIO MANZANERA. - Independencia, 856. - Buenos Aires
Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.
Guatemala DE LA RIVA HERMANOS. — 9.ª Avenida Sur, n.º 8. — Guatemala C. A.

PRENSA POPULAR. - Calle Asensio, 5. - Madrid. - Apartado 8.008

Es lo mejor. La ciencia tiene demostrado que la caída del cabello es debida generalmente a enfermedades de las raíces capilares y bulbos. Usando **La Flor de Oro**, evitaréis esas enfermedades y tendréis la cabeza y el cabello sanos y conservaéris su color.—Se vende en las droguerías y perfumerías.

La novela TEATRAL

Sumario de obras publicadas en LA NOVELA TEATRAL

Galdós.-49. Electra. 55. Doña Perfecta.-66 La loca de la casa. 82. Realidad.-92. La de San Quintín. - ** Sor Simona.

Benavente. - 9. Todos somos unos.-102. La copa encantada. - 107. El marido de su viuda.- 209. Más fuerte que el amor 239. La princesa Bebé. -233. El dragón de fuego.-250. La ciudad alegre y confiada . -261 . La gata de Angora. - 283. La losa de los sueños.

Quintero. -46. Doña Clarines. - 71. El patio. 75. La escondida senda. -98 El niño prodigio. **Pepita Reyes. 206. El centenario. 237. La zagala. - 294. El género ínfimo.

Guimerá. - 113. María Rosa. - 114. Tierra baja . - 198. Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El cardenal.-99. La cizaña.-161 Bodas de plata. 241 Cristobalón.- 246. Tocinadas. - 250. Flor de los pazos. - 287. Sangre roja 292. La razón de la sinrazón... - 296. Añoranzas.

Martínez Sierra. 29. Primavera en otoño. **El ama de la casa.

Tamayo y Baus.-136. Un drama nuevo.-209. La bola de nieve 186.Lances de honor.-149.La locura de amor.-177. Lo positivo. 214. Virginia.

Dicenta 6. El lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal.-30.El crimen de ayer.-60. Daniel.- 69.Amor de artistas.- 77. Aurora. - 92. Luchas. **Juan José.

Zorrilla 168 El alcalde Ronquillo. - 130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada. 284. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).

Villaespesa.-10. El Rey galaor. - 23. Aben Humeya - 3? . Doña María de Padilla. - 65. La leona de Castilla.-217. El Halconero. -** El Alcázar de las Perlas.-28. La Gioconda.-354. La maja de Goya.

Marquina - 154. En Flandes se ha puesto el sol. - 192. Doña María la Brava. - 201.El retablo de Agreñoso.-222.Las hijas del Cid.-185.El Rey trovador.

Ramos Carrión. - 84. El noveno mandamiento.-86.La tormenta -95. La Bruja.-105.- La mula del juicio.-104. El bigote rubio.- 106. Los sobrinos del capitán Grant. - 179. Mi cara mitad.-123. Los solitarios.-218.La crisis.-60. La Marsellesa. - 271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-32. Francfort.-33. La Rebotica.- 36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63 La sala de armas.-157. Las cotorronices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-138. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191 El afiador.-209.Perecito.

Ramos Carrión Vital Aza.—147. El señor gobernador. - 119. Zaragüeta. —183. Robo en despoblado.-151. El padron municipal. - 110. El oso muerto.-132 La ocasión la pintan calva.-118 El rey que rabió.

Echegaray (Miguel) -44. La viejecita. - 50 Gigantes y cabezudos - 76. El dáo de la Africana. 91 La Rabalera 115. Los demonios en el cuerpo. -178. La Credencial. - 183. Los Hugonotes. -190 Entre parientes. -111. El octavo,no mentir -308 Juegos malabares. -305 Meterse a redentor.-307 La monja descalza.

Arniches.-2.La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós -19.Las estrellas.-20. Doloretes. -21. La señorita de Trévelez. - 43. La gentuza. -67. La noche de Reyes. - 288. La chica del gato. - 263. La heroica Villa. -285. Es mi hombre.- 294. La pobre niña.-289. Los caciques. -298. La hora mala. 302 ¡Que viene mi marido!

Arniches-García Alvarez. - 15. Alma de Dios. - 17.El pobre Valbuena. - 70. El terrible Perez. - 78.El fresco de Goya. - 83. El método Górritz. 87. El cuarteto Pons. -97. Mi papá.-194. El polo Tejada.-126 El perro chico. -105. Gente menuda.-122 El principe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca. - 8.El verdugo de Sevilla.-12 Fúcar XXI.-34.La frescura del afuente -51. El último Bravo -58.Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-270.La plancha de la marquesa. - 273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos. - 278 La razón de la locura.- 278. La cartera del muerto. - 280. El Condado de Mairena. -141. La barba de Carrillo.-193 Faustina. 268. Los misterios de Laguardia. 291. El último pecado.

Muñoz San Román Fernández - 287. Pepe Conde o el mentir de las estrellas. -288. La Mamula 3 K3. -73.Trampa y cartón. -97. Cooper de Coria. -187. Los amigos del alma. - 254. Un drama de Calderón. - 290. Martingalas. 293. Trianerías. -293 La hora del reparto. - 295. El parque de Sevilla.

Paso-Abati. -13. El río de oro. -40. El gran tacaño -116. La divina Providencia. - 206. Los perros de presa.

Perrín-Palacios -74. La corte de Farzón.- 80. La manta zamorana. 81. Pedro Giménez. - 89. La Generala. 98. Pepe Gallardo. - 109. El Mínar de la guardia. - 142 Enseñanza libre. - 178. Certamen Nacional. - 194. Cuadros diferentes.-180. La tierra del Sol.-225.Las mujeres de don Juan. - 146. El País de las Hadas. - 240. Cinematógrafo Nacional

COMEDIAS

L. Tomás de Mencos.-3.El sumario.-4.Los semidioses.-5. Las cacatuas.-13.El hombre que asesinó 25. La eterna víctima.-26. Bussy Samson.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose. -38. Rafles. - 41. Mirandolina.-42 Sonio y figura. -47.Petit-Café. -48.Los Noveleros -54. La Tisona. -55. Miquette y su mamá. -57. Los gemelos. -58. La cena de las bruias. -106. Franz Hallera. - 186. La

Tosca.-10[illegible]. La tia [illegible] 12 Fedora. [illegible] El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El [illegible] ¡Tocino de cielo!-134 Militares y paisanos-135. Muérete, ¡y verás!-139. Jarabe [illegible]pico. [illegible] apá Lebonnard.-143. El Revisor.- 144 Blasco Jimeno.-145 El crimen de la [illegible] 146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo. -158. La Dolorosa. -[illegible] -160. La señorita del almacén. -164. El Ladrón. -168. La pesca del milión. 187. El señor Juque [illegible]. El gobernador de Urdequieta. - 173. Jettatore. - 180. Situaciones cómicas en el teatro español. -181. El tenor. -185. El primer rorro. -189. La casa de los milagros. - 191. El duelo.-192. Los amantes de Teruel. - 198. La Camastilla. - 199. Marcela, o ¿a cuál de los tres? 203. La historia del Don Juan Tenorio. -207. Un negocio de oro. -208. También la corregidora es mujer. -210. Mister Beverley. -212. La dama de las camelias.-215. Hamlet. -216. La caracterización y las moreñas.-220. Los piropeo. -221. El Gavilan. -224 Esclavitud. -226. Las vírgenes locas. -227. El soldado de San Marcial. -228. Judith. -230. El pelo de la dehesa. -231. El corral de la Pacheca. 232. Revejecer -237 El puesto de antiguités de Baldomero Pagés.-238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242 Zazá -243 La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe. 245. El mayor monstruo, los celos -247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio secreta venganza.-254 Mi salvador.-259. La tierra.- 272. La República de la broma -279. Gerineldo.-285. Los pollos bien.-299. La clave de sol.-300. Frutería de Frutos.-304. ¡Que no lo sepa Fernanda!-306. Alfonso XII, 13.-308. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la sierra.- 310. ¡Si fué don Juan Andalus!...-311. Margarita la Tanagra -313. Constantino Pla.-315. Mi marido se aburre. 316. El pobre Rico 317. Larrea y Lamata.-318. La caseta de la feria.-319. Melchor, Gaspar y Baltasar.-321.-La Presidenta.-322. El caudal de los hijos.-323. El cuarto de Gallina.-325. La casa de Salud.-326. El madrigal de la cumbre.-327. Las mocedades del Cid.-328 El cerdo de Avilés.-329. La fiebre verde.-330. El hombre de las diez mujeres -331. Alcalá de los Gandules -332. Arsenio Lupin.-333. La loca aventura.-334. Las superhembras.-335. La extraña aventura de Martin Pequet.-336. Flor de Córdoba.-337. Los malcasados.-338. El segundo marido.-339. El amigo de las mujeres. 340. El tiempo de las cerezas.-341. Nick Carter -342. La reconquista.-343. Embrujamiento.-344. Gloria -345. Pedro Pierro.-346. Nuestro enemigo -347. Currito el de la Cruz. -348. El gordo de Navidad -348. El desconocido.-349. Las urracas.-351. Amo y criado.-352. El convento de Vergara.-353. La otra vida.-355. El examen de maridos. 356. El valiente capitan. 358. El Licenciado Vidriera.-359. La hermosa fea.-360. Nuestra novia. 361 [illegible] bello Don Diego. 363. [illegible] fin de Edmundo.-365. Una buena muchacha.-366. ¡Prisionera!. 368. El agua del Lozoya -3[illegible] Arcadio es feliz.-372 La copa del olvido.-373. Vivir.-374. Las mujeres de Zorrilla.-375. La del molino -376. Los gorriones del Prado.-378. La moza de Campanillas.-379. Espantapájaros.-380. Mon homme.-381 Pasa el lobo.-382. La cena de los cardenales.-383. Bridge.-384. Ojo por ojo.

ZARZUELAS

7. Chanito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46 La alegría de la huerta.-52 La moreneta de Cádiz -61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72 La Tempranica -79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».-85 La balsa de aceite -96. El señor Joaquín.-127 Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161 Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias -170 La Chicharra -172 El nido del principal -174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias -176. La suerte de Salustiano -184. La tragedia de Laviña -202. La canción del olvido -205. El As.-204. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)-216. El Príncipe Carnaval.-[illegible] Don Lucas del Cigarral.-258. La novelera -262. Matías López - 265. Tonadillas y todadilleras españolas (3.ª parte.)-266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.)-274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte.) 277. El chaleco blanco.-281 La Hoja de Parra.-280. El Avapiés.-294 Chiribitas -295. Tonadillas y tonadilleras españolas (6.ª parte.)-297. La cartujana.-301 El corto de genio -312. Arco Iris.-31[illegible] El gran Bajá. 319. Lola Montes 324 Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte.)-350. Tonadillas y tonadilleras españolas (8.ª parte) 357. Benamor.-362 La boda.-364. La venus de piedra. 367. Tonadillas y tonadilleras españolas (9.ª parte.)-369 Nancy. 370. El apuro de Pura.-377. La luz de Bengala.

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo
la farsa cínica en tres actos,

UN HOMBRE ENCANTADOR

versión castellana de

Luis Gabaldón y Enrique F. Gutiérrez-Roig

30 cts.